

# Los intelectuales policríticos: el ejercicio libre y autónomo del criterio

Víctor Hugo Martínez González

## Resumen

Los intelectuales, la política y la ideología conforman conceptos cuya naturaleza y ámbitos de acción parecieran, de un tiempo a esta parte, haber entrado en una relación, a veces distante, y otras, inexistente. Su separación, se da incluso el caso, es celebrada desde algunas teorías y líneas de pensamiento. El ensayo, rastreando las causas del frecuente divorcio entre estos términos a partir de la evolución histórica y conceptual de sus significados, plantea un posible reencuentro, desarrollando para ello tres ideas normativas: la política como algo que trasciende a los políticos profesionales, los intelectuales como sujetos capaces de comprometerse políticamente, y la ideología como coordenadas cognitivas e interpretativas del mundo.

**Palabras clave:** *política, ideología, intelectuales.*

Víctor Hugo Martínez González.

Maestro en Ciencias Sociales y Doctor en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Profesor de la UNAM y de la Universidad Iberoamericana. Actualmente es Investigador de la Fundación March de Madrid, España.

*Yo no podría de ninguna manera aceptar el compromiso  
como una obediencia o un deber exclusivo de ocuparme  
de cosas de tipo ideológico*  
Julio Cortázar. Entrevista.

### **Pistas introductorias**

Con su “Policrítica en la hora de los chacales”, Julio Cortázar intervendría en una polémica alrededor del papel de los intelectuales. Policrítica, definió ahí el autor de Rayuela, es la mezcla de la política y la crítica. El intelectual, explicaba también el *cronopio* mayor, es un individuo comprometido con la crítica política. De ahí nuestro título. Primera pista.

De los intelectuales, la política, y la ideología (segunda pista), trataremos aquí. La inclusión de este último término completa el entramado del ensayo y perfila su tesis: la (anti)relación dominante, que hoy separa a esta tercia de palabras, es parte de un momento histórico que las ha vaciado de contenidos normativos. Explicando de dónde provienen las ideas actuales al respecto de estos conceptos y su (anti)relación, se propondrá (re)pensar lo que fue declarado muerto: la política como algo que trasciende a los políticos profesionales, los intelectuales como sujetos capaces de comprometerse políticamente, y la ideología como coordenadas cognitivas e interpretativas del mundo. Con esa lógica, el trabajo tiene tres segmentos: conceptos para discutir, escenarios para pelearse, y encuentros para imaginar.

Una pista final. Para el intelectual latinoamericano asumir la realidad es experimentar la necesidad de cambiarla. Patas arriba el continente, la muerte de cien niños cada hora por hambre o por enfermedad curable, no deja bien parados a los intelectuales más conmovidos por una riña estética que por ese dato agita-conciencias. Por supuesto, el intelectual no puede resolver la pobreza, pero tal vez sí, en un mundo desigual en oportunidades, cuestionar la igualación de ideas que ese mundo promueve. Esta pista desvela ya el plano analítico e hipotético en el que este ensayo se mueve. Uno que, además de diagnosticar el curso de las cosas, pretende imaginarlas de otra forma.

#### **I.- Conceptos para discutir**

**POLÍTICA.** Política es un concepto de usos paradójicos: le cabe todo o muy poco. Quien cuchichea (“grilla”) a escondidas, se excede en el trato protocolario, cierra una universidad pero niega ser sectario, escala posiciones en la empresa privada, o responde siempre sí y nunca no (un vicio muy mexicano); todos, según este uso lato y vulgar, hacen política. Pero hay un sentido estrecho: la política es lucha por el poder público, y políticos son los profesionales de ese oficio. Weber y Schmitt avalan (entre otros) este realismo político.

A Max Weber debemos la famosa frase (espanta ingenuos) *quien busca la salvación de su alma y la de los demás, que no la busque por el camino de la política* (1982, 309). La sentencia es clara: la política equivale (nada más) a la influencia o dirección que se ejerce sobre una asociación política, es decir, el Estado. Éste, definido weberianamente, es *la comunidad humana que, dentro de un determinado territorio, reclama para sí el monopolio de la violencia física legítima* (*idem*). Con Weber, a diferencia de Durkheim que todavía consideraba al Estado como una institución moral, éste se deslinda de toda ética normativa (*si hay algo abyecto en el mundo es la utilización de la ética como medio para tener razón*, afirma el autor de “Economía y Sociedad”) y funda su substancia en el control coercitivo. La política tiene así claro su horizonte: la dominación.

¿De dónde provienen estas nociones tan pesadas? Sin entrar en un tema que rebasa estas cuartillas<sup>1</sup>, digamos (contundentemente para no desentonar) que del desencanto. Para Weber, moderno en sus racionalizaciones, los valores habían perdido su carácter absoluto. Los definía su multiplicidad y no su otrora trascendencia ontológica. Inexistente un orden *a priori*, para Weber el soporte de las relaciones sociales es la posibilidad, siempre contingente, de que los individuos adopten y repitan una conducta. La política, acorde con este juicio, no es más el espacio de las verdades evidentes ni de los fundamentos universales. Su lugar y esencia es otro: el Estado y la fuerza. Weber, partícipe del debate sobre la cientificidad social, introducirá así una distinción neural: *las tomas de posición política y el análisis científico de los problemas políticos son dos cosas diferentes* (1982, 308-64).

(Des)acralizada, y rotas sus relaciones con la ciencia o con cualquier mito arraigado en “la voluntad general” o “el bien común”, la política deja de identificarse con principios filosóficos. Es fuerza encarnada en el Estado y expresión de intereses en pugna. Moderno, el concepto de política de Weber, y aquí un gran mérito, supone buscar el sustento del poder, ya no en la tradición o religión históricas, sino en la razón. Testigo desencantado, pero no temeroso de los contrasentidos de la modernidad<sup>2</sup>, seguramente Weber validaría las siguientes líneas *serratianas*: “nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio”.

Carl Schmitt, alemán también, ofrece una versión de la política *llena de nostalgia conservadora* (Serrano 1998, 37). *Hubo realmente un tiempo en que era correcto identificar los conceptos de estatal y de político* (Schmitt 1985, 5). Schmitt, inconforme con la pérdida de centralidad del Estado, en verdad, nostalgia. Adversario del sistema que jurídica y funcionalmente limita la política para ampliar el ámbito de la libertad privada, este autor ataca la tradición liberal (Kelsen y amigos) que desplaza al Leviatán por un Estado de derecho que, a sus ojos, es poco soberano. *Sin soberanía, el Estado se*

<sup>1</sup> Para situar a Weber en su tinta y contexto Aguilar Villanueva (1989), Mommsen (1981) y, sobre todo, Rabotnikof (1989) y Galván y Cervantes (1984), que explican a este autor a partir de la tesis del desencanto.

<sup>2</sup> Weber, contemporáneo de Ostrogorski y Michels, analizaría como aquéllos a los partidos políticos de su época. Para Ostrogorski (1902), los partidos deberían desaparecer por su capacidad corruptiva. Michels (1912), horrorizado también por la manera en que los partidos traicionan sus promesas fundacionales, censurará sus oligarquías directivas. Weber, poniendo en práctica la racionalización del mismo objeto de estudio, dirá simplemente que los partidos son organizaciones que, por su propia especificidad, dejan de ser medios para la realización de fines colectivos y se convierten en fines en sí mismos.

*transforma simplemente en una asociación que compite con otras asociaciones* (1985, 39). Acotado por límites y controles, el Estado se convierte, por su retraso en la toma de decisiones, en una aberración. Miradas así las cosas, no es extraño que Schmitt postule unas definiciones fuertes de política y Estado.

*Lo político precede a lo estatal.* Aquí la tesis del “Concepto de lo Político” schmittiano. Aquí también, echada de menos la centralidad estatal, la posición desde la que Schmitt propondrá sus definiciones habida cuenta que *la referencia al Estado no basta ya para fundar un carácter distintivo específico de lo político* (1985, 20). El Estado, uno que no reconozca nada como no-político, será el Leviatán redivivo: absoluto y no liberal. ¿Y la política? Digámoslo con las propias palabras schmittianas (1985, 22): *la específica distinción política a la cual es posible referir las acciones y los motivos políticos es la diferenciación de ‘amigo’ (Freund) y ‘enemigo’ (Feind).*

Con Schmitt, y su nostálgico intento de recuperar el Estado absoluto, aparece un concepto de la política relacionado con un conflicto de alta intensidad. Aquí, pues, una idea, que como la weberiana, enfatizará la lucha permanente (y hasta policíaca) por el poder.

**INTELECTUALES.** Los intelectuales, reza una definición de tantas (Campbell 1997, 27), son *aquellos sujetos a quienes se les atribuye la tarea de elaborar y transmitir conocimientos, teorías, doctrinas, ideologías, concepciones o simples opiniones, y que configuran los sistemas de ideas de una época o una sociedad.* Su denominación, cuenta la historia de las ideas, aparece a mediados del siglo XIX cuando la lengua occidental acuñó la palabra “intelligentsia” para referirse a estos personajes como un grupo o categoría que defendía valores perpetuos y universales como la justicia, la verdad o la razón. Originalmente utilizada en la Rusia anterior a la Revolución para aludir al conjunto de libres pensadores que hicieron estallar el proceso de crítica a la autocracia zarista, los intelectuales son un tema clásico dentro de la sociología. Hombres como Bourdieu, Mills, Aron, Lipset, Gramsci, Mannheim, y un etcétera muy prolijo, les han destinado partes fundamentales de su obra. Entre ellos, por así convenir a los propósitos de este ensayo, discutiremos la propuesta analítica (especialmente polémica) de Jeffrey Goldfarb (1998)<sup>3</sup>.

De Goldfarb, subrayemos primero sus notas alusivas al espacio y rol de los intelectuales. *Los intelectuales son tipos especiales de extranjeros (sic) que prestan atención singular a sus facultades críticas, que actúan de forma autónoma de los centros de poder y se dirigen a un público en general, desempeñando en las sociedades democráticas el papel especializado de fomentar la discusión informada sobre temas sociales urgentes* (1998, 55). Esta definición supone algunas cosas que Goldfarb gradualmente hará explícitas en su texto:

- a) Elitismo: el intelectual es un tipo especial de extranjero, esto es, un personaje que ocupa un sitio ajeno a los ciudadanos de a pie. Goldfarb comprende al intelectual como un sujeto más propio de las atmósferas refinadas que populares. *El siglo XX*

---

<sup>3</sup> Sugiero al lector(a) indispuesto a conformarse con mi elección arbitraria la excelente compilación de Isidro Cisneros y Laura Baca titulada “Los Intelectuales y los Dilemas Políticos en el Siglo XX” (1997).

(dirá después para alimentar nuestra sospecha) *está en eclipse y no está claro si es debido a demasiada democracia, o a que no hay suficiente (ibid, 103)*. Los tintes conservadores de esta definición poco a poco (ya lo vemos) irán revelándose.

- b) Un conservadurismo razonado: entre el civismo y la subversión, el intelectual está con el civismo. Más claro aún: *a largo plazo, no es menos necesario un planteamiento conservador sensato de nuestro tiempo (ibid, 101)*. Esta posición, apoyada en las circunstancias de las sociedades post-industriales, es tan conservadora como razonable: en los países de primer mundo, parece ser, hay más que conservar que perseguir.

El peso del elitismo y conservadurismo condiciona la menor fuerza de otros dos elementos que aparecen en la definición: las facultades críticas y la actuación autónoma de los intelectuales. ¿Qué entiende Goldfarb por ellas? Pareciera que dos cosas: 1) una idea de la crítica resuelta en la “deliberación pública”, pero sólo a favor de la deliberación en sí misma y sin tomar partido alguno; y 2) una autonomía, que para ser tal, implica pasar de largo de los gobiernos, los partidos y la ideología (*la función del intelectual es prescindir de la ideología*, p. 101). Con sendas premisas, Milan Kundera, a quien Goldfarb reivindica en su (auto)definición apolítica (pp. 137-41), resulta un intelectual paradigmático. Acertado en su ataque al intelectual comprometido que cae en la trampa del dogmatismo, Goldfarb termina proponiendo una definición aséptica de este personaje: extranjero, por no pertenecer a ninguna organización; conservador, por rehusarse a cualquier movimiento subversivo; y (des)ideologizado, por hallar en la ideología un instrumento incompatible con la deliberación pública. Gilles Lipovetsky, escritor que como Kundera defiende un individualismo desarraigado de la política, cumpliría también, con acreditación de Goldfarb, estos parámetros.

Fuera de los partidos, indiferente a las trincheras ideológicas y a las expresiones subversivas al *status quo*, el intelectual de Goldfarb tiene muchos epígonos contemporáneos. No está de moda entre los intelectuales el compromiso con alguna bandera concreta, mucho menos si ésta es de oposición al poder constituido. Echemos apenas un vistazo a los intelectuales mexicanos. ¿Las excepciones (que las hay) rompen la regla?

**IDEOLOGÍA.** Originalmente definida por Destutt de Tracy como “ciencia de las ideas”, la ideología quedó imantada por el uso marxista: *las ideas dominantes* (decía Marx en “La ideología alemana”) *no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas*. Falsa conciencia. Representación falaz de la realidad a beneficio de la dominación. Fue éste el manejo del término ideología que predominó en la primera mitad del siglo XX.

De la segunda mitad del siglo pasado, con importantes diferencias, surgirían otras definiciones<sup>4</sup>: a) para Mannheim, la ideología representa la generalización de la

<sup>4</sup> Para las definiciones que usaremos Cfr. Bobbio (1981, 785-802)

determinación social operada para conservar el “establishment” soviético; b) para Friedrich y Bell, con usos similares, la ideología alude (respectivamente) a ideas conectadas con la acción, y a ideas convertidas en palancas sociales; c) para Goldfarb, preocupado porque el intelectual saque de su cabeza todo código ideológico, la ideología son creencias no justificadas teóricamente, formuladas por intereses económicos, políticos, de clase, raciales, nacionales, etc.

Convengamos ahora, a partir de las definiciones, en ciertas connotaciones del término:

- 1) Su oposición a la ciencia: mientras ésta se sostiene en verdades teóricas, la ideología lo hace en una falsa conciencia originada en motivos provenientes de las relaciones sociales. Ciencia e ideología, se dice así, son universos antípodas.
- 2) Su vinculación con la acción social de una forma que, se censura, está en función de intereses particulares o facciosos. Superada la interpretación marxiana (digamos marxiana para no referirnos a Marx cuanto a feligreses suyos como Althusser) de la ideología como arma para la revolución, ésta pasa a la silla de los acusados: culpable de provocar *una política caliente* (Sartori 1992, 222), se arguye que es preferible asistir a la lucha política armados de pragmatismo. La ideología carga así con mala prensa. El dogmatismo de los viejos marxianos y la “neutralidad valorativa” (Weber *dixit*) de los científicos “objetivos” se han encargado de endilgarle ese sambenito.
- 3) Los intelectuales (dirá Goldfarb) deben optar por una postura política, pero no ideológica, toda vez que lo político-ideológico fue decretado como impresentable.

Bien. Definidos ya los conceptos que queremos problematizar, tratemos de entender en lo que sigue las situaciones bajo las que ganan hoy día su estatuto predominante.

## II.- Escenarios para pelearse

*Se acerca el casamiento de Lenin con la hamburguesa,  
y van a celebrarlo construyendo un gran Marxdonald's*  
Luis Eduardo Aute. *La Guerra que Vendrá.*

Vivimos, afirman algunos teóricos seductores (Foster, Lyotard, Deleuze, Lipovetsky), un momento posmoderno. La posmodernidad<sup>5</sup> nos ha alcanzado. Resumamos sus marcas: 1) la posmodernidad (en adelante PM) comienza cuando se constata la imposibilidad del cambio histórico soñado y ofrecido por la Ilustración occidental; 2) en revancha por el sueño trunco, la PM es una crítica salvaje a los grandes relatos sociales y las transformaciones colectivas; 3) aquel famoso “hombre nuevo” por el que Guevara muriera, deviene en un mito, pues al final de un siglo cansado queda en pie sólo “la insoportable levedad del ser” que canoniza lo fáctico y desprecia lo utópico; 4) en el tren del desconsuelo no hay partido político, iglesia, causa social u objetivo histórico con el que valga la pena comprometerse (*me basta escuchar a alguien hablar de ideal, de*

---

<sup>5</sup> Para una crítica al uso de este concepto véase Giddens (1993 y 1995).

*porvenir, de filosofía, escucharle decir ‘nosotros’ con una inflexión de seguridad, invocar a los ‘otros’ y sentirse su intérprete, para que le considere mi enemigo, declara Cioran); 5) sin proyectos colectivos que resistan el individualismo radical, es mejor estar al lado del camino, esto es, sordo y ciego a las luchas sociales.*

Si nuestro diagnóstico de la PM es correcto, pensemos, de acuerdo con él, los escenarios que condicionan los contenidos de la política, los intelectuales y la ideología. Hemos dicho ya que el concepto hegemónico de política se juega ahí donde por ella se entiende lucha de poder, sin mayores ideas sustantivas ni referentes éticos. La política, asentaría cualquier weberiano, es de profesionales. La política, susurraría algún schmittiano contumaz, consiste en el conflicto amigo/enemigo. Contra esa (a)crítica asunción de la política hay, por lo menos, dos argumentos que esgrimir: 1) la política no fue siempre eso, y 2) las consecuencias de la puesta en práctica de una definición como la de Schmitt.

La política, inventada (como casi todo) por los griegos, significó en su inicio un arte: la búsqueda ética de la justicia, en virtud de la cual, los hombres prefieren sufrir una injusticia antes que cometerla. De ello Platón dejó constancia en sus “Diálogos”. Aristóteles, aunque más próximo a las causas de este mundo, subsumiría también la política a la ética.

Dirá el lector(a), llevando razón, que el argumento es engañoso. La política tiene un tiempo clásico y otro moderno. Pero ése es, justamente, el punto que queremos resaltar. La política se vuelve fuerza y lucha con la modernidad. Con Maquiavelo correrá en un carril distinto al de la ética, pues ya en “El Príncipe” las virtudes morales no son las mismas que las aptitudes políticas. En manos de hombres utilitaristas, la política será venero de poder y razón de Estado. Hobbes y Locke agregarán otros rasgos: de la política (dirá el primero) sólo cabe esperar un Leviatán que salve a los hombres de una muerte violenta y prematura; por la política (aunará el segundo) habrá que entender un mal necesario que sólo se justifica en la medida que proteja los derechos individuales y ensanche el ámbito de la libertad privada.<sup>6</sup>

En su propia época, estas definiciones provocarían respuestas. La de Rousseau, aunque ciertamente melancólica de la tradición vulnerada por la modernidad, será un grito desesperado por devolver a la política los contenidos normativos de los que ha sido despojada. La lectura de su “Contrato Social” (así como de sus “Confesiones” o “Meditaciones de un Paseante Solitario”) deja sentir la relación amor/odio de Rousseau con la modernidad: más moderno que nadie al escribir novelas (“La Nueva Eloísa”) que mencionaron prendas femeninas como el corsé, este autor emotivo criticará a la política instrumental por agudizar la desigualdad y la opresión. Estética, y tal vez un tanto ingenua, su visión clamará por entender a la política como una instancia capaz de transformar al Estado y a los hombres.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> Sigo estas interpretaciones de Hobbes y Locke de Salazar (1993).

<sup>7</sup> Apoyo esta interpretación roussoniana en Fernández Santillán (1988).

Entre Rousseau y sus antecesores, habrá que reconocer que las democracias “saludables” están construidas sobre el realismo. No hay en ellas muchas noticias de ciudadanos virtuosos. El diagnóstico realista es así hasta cierto punto correcto: la superación del egoísmo a favor de un orden social justo no depende de la nobleza humana, sino de algo menos romántico pero también complicado de obtener: la existencia libre y racional de sujetos capaces de interactuar en sociedad. La concepción política de Rousseau, aquí su candidez, falla al apostar que los individuos no necesitarán de la acción coercitiva de las leyes para tener una conducta respetuosa de lo colectivo. No hay en las democracias, dicho esto con pesar, muchos ciudadanos gozosos de sacrificar sus intereses sin recibir nada a cambio.

La vida política, se difunde así, es un producto del buen diseño de las instituciones y la normatividad jurídica. De acuerdo. Pero el problema está en los excesos de esta idea. El entramado democrático, concluyen el realismo y la teoría del “rational choice”, *funda su construcción y supervivencia en una concepción egoísta del hombre y en pactos utilitarios entre actores que desconfían de los demás porque conocen su propia inclinación a promover intereses por encima de los demás* (Crespo 2001, 41). La desconfianza entre las élites políticas profesionales sería, luego, la mejor consejera de acuerdos políticos y reglas vinculantes. Que la política es eso, es una afirmación imposible de negar. Que la política es eso y nada más, parece, en cambio, un escenario con el que pelearse.

Para pelearse hay también en Schmitt algunos frentes por criticar. Con todo y que la política se juega efectivamente ahí donde los amigos y enemigos (por representar cosmogonías opuestas de valores) no merecen el mismo trato, esta fórmula es cuestionable: a) la represión del conflictivo enemigo, por cualesquiera medios, no lo suprime cuanto lo intensifica; b) los valores, responsables a decir de Schmitt de los conflictos más imparables, tal vez no puedan armonizarse para siempre, pero sí compatibilizarse: la presencia de valores en los conflictos no sólo puede generar violencia, sino también su consenso o tregua; y c) la política como conflicto es una interpretación certera, pero no exhaustiva: una decisión política acertada, la más, reside en evitar la intensificación y hasta detonación bélica del conflicto.

Preocupados por alejarse de la imagen caída en desgracia del intelectual comprometido, los intelectuales protagonizan hoy una paradoja que Woody Allen ironizara en su fantástica “Annie Hall”: *pueden ser muy brillantes y no tener idea de lo que pasa en el mundo*. A su manera, los intelectuales se han vuelto profesionales, no de la política, sino de algo bastante menos rudo: las ideas desarraigadas de cualquier pasión social y devotas sólo de la reverenciada objetividad. Veamos algunas manifestaciones de esto:

- 1) Entre el ideólogo y el experto<sup>8</sup>, el intelectual prefiere la torre de marfil de la ciencia y la teoría. “Extranjeros”, se desmarcan de la identificación ideológica. Frente a la tecnocracia experta (reino de los técnicos) y la acracia ideológica (paraíso de los utopistas), los intelectuales parecen ser más complacientes con el primer polo.

---

<sup>8</sup> Esta clasificación del intelectual en Bobbio (en Fernández Santillán 1996, 455-56).



- 2) De no ser así, cómo explicar entonces los casos de académicos (¿intelectuales?) no foxistas que trabajan ¡para el foxismo! Amparados en el estatuto profesional de su actividad, no pocos recorren este camino.
- 3) Los intelectuales apuestan al centro ideológico (¿existe éste?) como un lugar liberado de riesgosos vocablos: la liberación (a la izquierda) o el neoliberalismo (a la derecha). La política, concuerdan con Goldfarb, perdió sus mapas ideológicos. El archipiélago intelectual puede luego también ser aséptico, esto es, desligado de luchas sociales a favor, o en contra, de las condiciones, ya no de vida, sino de sobrevivencia.
- 4) Los intelectuales, cuando no discretos aliados del conservadurismo que los encumbra como un gremio funcional para el *status quo - una fracción dominada dentro de la clase dominante*, les llama Mansilla (2003, 21) - son promotores de un nihilismo desesperanzador. Creer a pie juntillas en Kundera, Lipovetsky o Cioran es una buena forma de curarse en salud de las ilusiones colectivas.

La pobreza ideológica se respira en el ambiente. No son excepcionales sino frecuentes los que mudan de la derecha de la extrema izquierda a la izquierda de la extrema derecha. La ideología, ha sido repetido desde el debate sobre su muerte, oscurece la vista y la realidad. La solución: la ciencia, ese supuesto universo virgen de falsas conciencias e intereses facciosos. Ahí, en el centro mismo de este escenario, hay suficientes razones para discrepar.

La ideología, definida epistemológicamente como *un sistema de ideas fundado en teorías inexactas o precientíficas* (Pereyra 1988, 46), tiene también una dimensión sociológica fundada en su función social. La primera acepción parece ante la ciencia. La segunda no. La ideología marxista cayó al descubrirse la errónea fatalidad teleológica del comunismo. La ideología neoliberal, evidenciada hace rato en sus falsas promesas (privatización-desarrollo; menos Estado-menos corrupción; más mercado-más justicia), se mantiene, no por su menor inexactitud epistemológica, sino por la función de dominio que desempeña eficazmente.

La explicación científica no se da, pues, en un vacío social cuanto en el interior de una batalla donde diversos grupos actúan según sus aspiraciones. La objetividad científica, como aclarara Popper, es un acuerdo de subjetividades. Parsons, cuya teoría sistemática es presentada como un valor científico impoluto, miradas críticamente algunas de sus tesis (*el cambio social es patológico*, por ejemplo), posee así mucho de silente e inconfesada ideología.

Ciencia e ideología, aunque conceptos y sistemas distintos, no son separables quirúrgicamente. Su diálogo es más complejo que la pontificada antinomia. Entre ellas hay una relación dialéctica por problematizar. Esa problematización, amén de aclararnos que *entre ideología y ciencia hay una tensión que no puede reducirse a una antítesis rígida ni a una confusión que arruine los géneros* (Ricoeur 2002, 298), debe permitirnos aceptar que *toda crítica de la ideología es necesariamente intraideológica* (Laclau 1998, 77).

### III.- Encuentros para imaginar

Llegamos (ya era hora) a la última parte de este trabajo. Si hasta aquí (vistos los conceptos que manejamos) lo que priva es la (anti)relación entre política, intelectuales e ideología, lo que haremos ahora será imaginar otros conceptos y otras relaciones que no sean sólo negativas. Desde la aceptación gustosa de la modernidad (especialmente en lo que toca a su desconocimiento de toda autoridad no racional), pero preocupados también por la moderna mercantilización del cinismo y la indiferencia, va pues esta propuesta analítica y prescriptiva.

**POLÍTICA.** La política es lucha por el poder. No interesado en estetizarla (Rousseau), marginarla (Locke), obviarla (Marx) o defenestrarla (anarquismo), Weber racionalizó esta actividad: la política existe porque es indispensable que una instancia concentre el uso de la fuerza y pueda dirimir entre la multiplicidad de intereses y divergencias. De acuerdo.

Pero la política no es sólo eso. Es complejidad y contingencia: conflicto (Schmitt), pero también consenso (Arendt), concreta (Maquiavelo), pero también simbólica (Lefort, Castoriadis), conservadurismo (Schumpeter), pero también radicalidad (Mouffe). Indeterminada (¿existe una teoría general de la política?), la política ha perdido su carácter heroico. Sin héroes, la política debe empero evadir el cinismo, pues sigue siendo el espacio para luchar por sociedades más justas y, si cabe la palabra, (des)dramatizadas: la política no es la dualidad del bien contra el mal, del amigo contra el enemigo, ni tampoco el lugar del que esperar lo más esplendoroso. Es ambivalencia y contradicción: lucha por el poder, pero también por ideas sustantivas. Idealizarla o empobrecerla dificulta su comprensión.

Hablamos, es innegable, desde el núcleo normativo de la filosofía política. Pero, si no es desde ahí, desde dónde entonces cuestionar la justeza (o no) de las relaciones entre la racionalidad, el poder y la política. Desde ahí, precisamente, la política, indeterminada y (multi)unívoca, puede ser postulada como *el ámbito inevitablemente conflictivo que regula la inacabable reconstrucción del (des)orden social* (Salazar 1993, 271). Conflictiva, pero no monopolio de los políticos profesionales, la competencia partidaria o la acción gubernamental, la política expresa también una forma de acción colectiva que se distingue del ejercicio destinado a conquistar y mantener el poder (Rosanvallon 2003). Demasiado importante como es, qué sería de nosotros si la política no pudiera ser algo más que la definición espuria que Aguilar Camín le imputa en su más reciente novela: *un invento de los hombres para dar rienda suelta a sus bajas pasiones*.

**INTELECTUALES.** Entendida la política como un ámbito complejo que trasciende la profesionalización del oficio y la sola lucha por el poder, los intelectuales quedan a su vez abiertos a la indeterminación: pueden ser lo que Goldfarb define, pero también otras cosas. Discutamos e imaginamos de forma diferente las premisas de este autor.

Extranjeros o individuos desacralizados. Los intelectuales no son distintos por alguna razón de índole moral. Son, es cierto, personajes con mayor entrenamiento para la

reflexión. Pero esto no los hace superiores<sup>9</sup>. Sus posturas, sujetas al avispero de la controversia, los comprometen: por su exposición pública, cosa que no es un lujo sino una angustiante responsabilidad, debe prevalecer en ellos la congruencia entre sus ideas, obras y actos.

Entre el civismo y la subversión, dilema de Goldfarb, los intelectuales del más acá latinoamericano podrían optar por una subversión cívica o un civismo subversivo. Ambas opciones, desde luego, privilegian sólo la lucha en el plano de las ideas y de la deliberación en todas sus formas. Por su capacidad de cuestionamiento a las relaciones de explotación, los intelectuales no deberían sacar el cuerpo a este compromiso.

El intelectual partidista o el intelectual independiente. Por indigesto que sea, es deseable que los intelectuales no rehuyan ser identificados con un partido. Los intelectuales pueden, ahí donde un partido se consume exclusivamente en ambiciones, introducir planteamientos que exijan a esa organización pensarse a sí misma e interpretar el mundo bajo claves reflexivas. Si, por ejemplo, en un partido de izquierda, como dice ser el PRD mexicano, sus 23940 corrientes *acorrientan* su vida al discutir sólo parcelas de poder, no puede ser desastroso que algunos promuevan suspender el canibalismo y volver a llenar de contenidos heurísticos la palabra “izquierda”.

La autonomía y la crítica, para esto, deberían ser propiedades irrenunciables del intelectual. Ellas son garantes de la libertad de pensamiento. Ningún sentido de institucionalidad (partidaria, gubernamental o académica) puede secuestrarlas. Autonomía y crítica no son licencias para destruir lo que se rechaza, sino más bien ejercicios del criterio para denunciar lo que puede corregirse.

La neutralización ideológica, como antídoto a la ceguera ideológica que es germen del dogmatismo, no es la mejor solución a esa amenaza. Para Goldfarb, la izquierda y la derecha, en tanto ideologías, deben desaparecer. Pero un intelectual, comprometido con salvar la razón crítica y abandonar la razón mítica, no debiera tener empacho en definirse de izquierda o derecha. Sin apelar a ninguna revolución fantasiosa o a un estado de cosas extramundano, los intelectuales podrían, siendo consecuentes, defender sus simpatías por una u otra forma de gobierno. Con la razón crítica por pensamiento, no habría motivos para validar el utopismo (sobre)ideologizado, la tecnificación (a)política o el nihilismo (in)solidario.

Dicho lo anterior, para los intelectuales quedan un buen número de tareas. Mencionemos tres que nos vienen a la mente:

---

<sup>9</sup> Para definiciones soberbias, léase la siguiente: *el intelectual es quien pone lo verdaderamente valioso en la política: su contenido... El político profesional y su actividad se transforman en simples medios subordinados a la realización de ese fin* (Flisfich, citado por Hernández 1997, 48).

- 1) Vigilar que el monopolio reservado para el Estado sea el de la fuerza, pero no el de la verdad. Conocedores de la complejidad, los intelectuales tendrían que denunciar cualquier intentona estatal por prescribir la homogeneidad del pensamiento.
- 2) Batallar por el lenguaje político. Hay muchas deformaciones gramaticales sobre las que el intelectual puede advertirnos: a) la “comunidad internacional” no son siete países que deciden la suerte de todos; b) el subdesarrollo es enanismo, no infancia: la pobreza no es la niñez del capitalismo sino su degeneración: por mucho que sigamos sus directrices no alcanzaremos la adultez, y sí, en cambio, permaneceremos enanos; c) libertad no es liberación: libertad, tantas veces en la boca de Reagan mientras infiltraba de “contras” a Nicaragua, es la misma palabra con la que Bush destruyó Bagdad. Ni el pueblo nicaragüense ni el iraquí, sometidos a la metralla de la libertad, fueron liberados; d) amnistía no es amnesia: construidas sobre la amnistía amnésica, las democracias post-dictadura sufren una falsa ilusión: la convivencia sobre agravios imborrables. Ya lo dijo Borges: *sólo una cosa no hay y es el olvido*.
- 3) Defender la alegría. En países como los de por acá, tan escasos de divertimentos y plagados de apremios, los intelectuales pueden entrar también al campo identitario del fútbol. Siendo *un bello pretexto para ser feliz* (Mennoti), el fútbol está en riesgo de perder su espíritu lúdico. Menos juego y más técnica. Menos gambeta y más estrategia. Menos samba brasileira y más calcio italiano. Introducir una crítica a estos excesos, como hacen Valdano o Villoro, ayudaría a entender lo irrisorio de un entrenador-coronel que pretende enseñar a jugar sobre una tablita con plumones. *Corre mucho, pero juega bien*, frase de Ricardo Bochini (10 de Boca Juniors en los 70's), sintetiza la defensa afortunada que los intelectuales podrían hacer del fútbol.

**IDEOLOGÍA.** La ideología, debemos decir en sintonía con la cuota imaginativa a la que aquí recurrimos, no se acaba sino que se transforma. La ideología, así como la política es ambivalente (conflicto-consenso) y los intelectuales defienden o denuncian el “establishment” neoliberal (Huntington o Saramago, respectivamente), vive en el territorio de la dualidad: *por una parte, busca nombrar la experiencia del conocimiento, por la otra, nombra el extravío de éste* (Ricoeur 2000, 323). Necesaria para arropar de identidad a las personas (sin ella, los intelectuales asépticos y trapecistas trabajan según la marea con distintos partidos), puede, tomada sin dosis críticas y autónomas, cerrar el proceso evolutivo en el que toda identidad debería estar envuelta. Craso error. La identidad, recordemos, no es una y para siempre.

Con todo y sus peligros, vistas las consecuencias que ha traído la mitificación de la política exclusivamente técnica, la ideología sigue siendo una categoría insoslayable para definir y comprometer los códigos personales y colectivos con los cuales entrar en relación con el mundo y sus azares. La lamentable ceguera ideológica no es, pues, razón suficiente para declarar la neutralización ideológica de la política y los intelectuales. Reformular las apuestas ideológicas, sometiéndolas a la libertad más autónoma y crítica del pensamiento, por difícil que sea, es preferible al discurso (ideológico) de la muerte y entierro de las ideologías.

Para el caso concreto de la ideología de izquierda, ahora que el futuro dejó de ser lo que era, queda la enorme e inaplazable tarea de (re)pensar el presente, y ya no el porvenir, de una forma más justa, racional y solidaria. Sin esa labor, distraídos como andan los intelectuales latinoamericanos por adoptar la última moda de procedencia europea o norteamericana, éstos nos adeudan una visión diferenciada de fenómenos como el mercado y la democracia representativa<sup>10</sup> que, otrora rechazados dogmáticamente, hoy son aceptados oportunistamente sin existir ni mediar argumentos y posiciones éticas que los intelectuales dejaron (por incapacidad, pereza o pragmatismo) de desarrollar.

### ¿Conclusiones?

Hasta aquí este manojo de modestas pretensiones. El tema de los intelectuales no tiene conclusiones definitivas. Menos en este ensayo, que ha querido apenas polemizar la metamorfosis del intelectual de conciencia crítica de la sociedad a expertos en legitimación del poder constituido. Bauman (1997) llamaba a esto la conversión del intelectual de *legislador* (el que desordena las jerarquías y propone otras) a *intérprete* (el que edulcora y justifica el estado corriente de las cosas). Postmodernos o postconsevadores (que los hay muchos también), muchas razones detonan esta transición. Todas, allende su origen, desembocan, empero, en una suerte perra que Kosinski (en Campbell 1997, 30) resumiera sin piedad: *los intelectuales no tienen influencia: los ricos no les temen, los obreros desconfían de ellos, y los campesinos no saben que existen*. Si la (anti)relación entre política, intelectuales e ideología contribuye a ello, ¿por qué no volverse a preguntar por los contenidos de estos conceptos?

¿Qué es la política y qué puede esperarse de ella? continúa siendo una pregunta necesaria de formularse, y cuya respuesta no concluye en la pobreza reduccionista que la define conforme a la limitada actuación de los políticos profesionales.

¿Qué son los intelectuales y qué puede esperarse de ellos? es también una interrogante que no concluye en las soluciones de Goldfarb. Luchar contra la embriaguez del pesimismo virulento, o, por lo menos, conseguir que ese pesimismo no sea un nihilismo ignorante sino un optimismo informado, es una tarea que toca a la puerta de los intelectuales.

¿Qué es la ideología y qué puede esperarse de ella? es, finalmente, otro dilema del que no es válido concluir sólo desencantos. Permítame lector(a), como cierre, una recomendación: lea usted el libro-cómic de Julio Cortázar “Fantasmas contra los Vampiros Multinacionales”, y déjese persuadir de cómo de la relación, que no (anti)relación entre la ideología, los intelectuales y la política, pueden salir agradables mezclas policríticas y cuidados intensivos para la esperanza. Si con todo y eso, sigue usted creyendo que la nostalgia lastimosa lo consume, ponga inmediatamente entonces en su reproductor de

---

<sup>10</sup> El binomio mercado-democracia representativa tiene en América Latina detrás suyo un proceso de construcción teórico y conceptual, esto es, un pensamiento intelectual que lo produjo, y sobre el cual los “transitólogos” y “mercadólogos” han guardado un conveniente silencio. Sobre este tema, Lesgart (2003).

discos “Fake Plastic Trees”, de Radiohead, y tómese en serio (con toda su decadencia y sin precauciones) su nostalgia.

### **BIBLIOGRAFÍA REFERIDA EN EL TEXTO**

- Aguilar Villanueva, Luis. 1989. *Weber: la idea de la ciencia social (tomo 2)*. México: UNAM, Porrúa.
- Bobbio, Norberto. 1981. “Ideología”. En Bobbio, Norberto y Nicola Matteucci. *Diccionario de Política*. México: Siglo XXI, 785-802.
- Bauman, Zygmunt. 1997. *Legisladores e Intérpretes*. Argentina: Universidad de Quilmes.
- Campbell, Federico. 1997. “Los intelectuales y el poder”. En Cisneros, Isidro y Laura Baca (Comps.). *Los Intelectuales y los Dilemas Políticos en el Siglo XX*. México: Flacso, Triana, 27-32.
- Crespo, José Antonio. 2001. “Democracia real. Del idealismo cívico al civismo racional”. En *Metapolítica* 18. México: Cepcom, 38-49.
- Fernández Santillán, José. 1988. *Hobbes y Rousseau. Entre la autocracia y la democracia*. México: FCE.
- Fernández Santillán, José. 1996. *Norberto Bobbio: el filósofo y la política*. México: FCE, 425-85.
- Galván Díaz, Francisco y Luis Cervantes Jáuregui. 1984. *Política y Des-ilusión. Lecturas sobre Weber*. México: UAM.
- Giddens, Anthony. 1993. *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giddens, Anthony. 1995. *Modernidad e Identidad del Yo*. Barcelona: Península.
- Goldfarb, Jeffrey. 1998. *Los Intelectuales en la Sociedad Democrática*. Madrid: Cambridge.
- Hernández, Rogelio. 2003. “Los intelectuales y las transiciones democráticas”. En Hofmeister, Wilhelm y H.C.F. Mansilla (Eds.). *Intelectuales y Política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*. Argentina: Homo Sapiens, Konrad Adenauer, 45-76.
- Laclau, Ernesto. 1998. “Muerte y resurrección de la teoría de la ideología”. En Buenfil, Rosa Nidia (Coord.). *En los Márgenes de la Modernidad*. México: Plaza y Valdés, 75-98.
- Lesgart, Cecilia. 2003. *Usos de la Transición a la Democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Argentina: Homo Sapiens.
- Mansilla, H.C.F. 2003. “Intelectuales y política en América Latina”. En Wilhelm, Hofmeister y H.C.F. Mansilla (Eds.). *Intelectuales y Política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*. Argentina: Homo Sapiens, Konrad Adenauer, 17-44.
- Michels, Robert. 1912 (1962). *Los Partidos Políticos. Un Estudio Sociológico de las Tendencias Oligárquicas de la Democracia Moderna*. Argentina: Amorrortu.
- Mommsen, Wolfgang. 1981. *Max Weber: sociedad, política e historia*. Argentina: Alfa.
- Ostrogorski, Moisei. 1902 (1964). *Democracy and Organization of Political Parties*. Nueva York: Anchor.
- Pereyra, Carlos. 1988. “Ciencia e Ideología”. En *Cuadernos Políticos* 54/55. México: UNAM.
- Rabotnikof, Nora. 1989. *Max Weber: Desencanto, Política y Democracia*. México: UNAM.

- Ricoeur, Paul. 2002. "Ciencia e ideología". En Ricoeur, Paul. *Del Texto a la Acción. Ensayos sobre Hermenéutica II*. México: FCE, 279-305.
- Rosanvallon, Pierre. 2003. *Por una Historia conceptual sobre lo Político*. Argentina: FCE.
- Salazar, Luis. 1993. *Sobre las Ruinas. Política, democracia y socialismo*. México: Cal y Arena.
- Sartori, Giovanni. 1992. "Política". En Sartori, Giovanni. *Elementos de Teoría Política*. Madrid: Alianza, 205-23.
- Schmitt, Carl. 1985. *El Concepto de lo Político*. México: Folios.
- Serrano, Enrique. 1998. *Consenso y Conflicto. Schmitt, Arendt*. México: Cepcom.
- Weber, Max. 1982. *Escritos Políticos*. México: Folios.